

BIBLIOGRAFIA

LIBER SANCTI JACOBI. CODES CALIXTINUS.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos. Santiago de Compostela, MCMXLIV.

El Códice Calixtino es uno de los textos medievales que más han solicitado la atención de los eruditos. No había merecido, sin embargo, los honores de la publicación, sino en forma fragmentaria. Hoy, gracias a los buenos oficios del Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos, que da con ello cima a la labor acometida por el Seminario de Estudios Gallegos, contamos con una edición completa y decorosa del precioso Códice.

La transcripción textual es del esclarecido medievalista norteamericano Walter Muir Witechill y es mucha lástima que aparezca algo desvalorizada por la considerable cantidad de erratas tipográficas que, al ser advertidas por los editores, reciben el acogedor epígrafe de correcciones de lectura. Doscientas cuarenta y seis erratas para cuatrocientas dieciséis páginas son muchas erratas. en una edición de este género.

La parte del texto que interesa directamente a nuestro país, es decir, los desahogos del resentimiento de un presunto Aymerico Picaud. (1) tienen un comentario certero, aunque, claro está, no decisivo, en las ilustraciones que de don Resurrección María Azcue ha recogido el autor del estudio general. Con ello no se añade mucho a lo conocido y divulgado por nuestros autores que ya ofrecieron sin variantes apreciables, el denigratorio texto y lo interpretaron y comentaron de modo discreto. El aparecer ahora situado en una edición crítica con las garantías que ofrecen los editores de la publicación, lo fija definitivamente con caracteres de precisión.

Dada la atribución indiscutida de los textos al siglo XII, fecha muy estimable para un lexicón, por reducido que sea, de voces vascas, no interesan aquí particularmente otros problemas derivados del incontinente afán de los diversos redactores de procurarles paternidades ilustres.

La bibliografía que se maneja en la edición es, al parecer, completa, y no faltan las alusiones a los estudios de Vielliard, Meredith-Jones, Hamel y muy particularmente de Bédier, el gran comentarista de las leyendas épicas. Se mencionan también los estudios del catedrático vitoriano, don Angel de Apraiz, sobre temas jacobeos relacionados con el arte. Pero no se hace referencia a cierta tesis doctoral sobre tema afín, que, según me comunica don Julio de Urquijo, fué redactada por una investigadora francesa.

F. A.



LA POLITICA INTERNACIONAL DE FERNANDO EL CATOLICO, por Jos.^c M. Doussinague.—Espasa-Calpe, Madrid. 1944. 1 volumen, 681 páginas, 1 plano.

Un libro sobre Fernando el Católico se lee siempre con interés; tanto más cuanto que los panegiristas incondicionales de su egregia consorte han preterido, injustamente, la figura del monarca aragonés que parece que, para ellos, no "montaba tanto". Por otra parte, muchos de los estudios acerca de don Fernando han tenido un carácter polémico, de defensa de supuestas actuaciones más o menos sinuosas del Católico, lo que lejos de favorecer el esclarecimiento de sus hechos y de su eficaz gobierno, ha contribuido a mantener la leyenda del maquiavelismo del más clarividente de los reyes de España; el que, sin duda alguna, comprendió mejor los intereses de esta nación, y el que trazó con acierto singular las normas de la política internacional de España; política que hubieron de seguir los primeros Austrias, que decayó con los últimos y que se perdió, lamentablemente, al advenimiento a España de la Casa de Borbón, ajena a nuestro genio nacional, y más atenta a la política familiar que a la de la gran monarquía que venía a regir.

Tuvieron aquellos extraordinarios monarcas exacta visión de las necesidades nacionales y en íntima compenetración de ideas y sentimientos llevaron a feliz término aquella sabia política interior que manteniendo a los españoles "unidos y orden", era premisa indispensable para la realización de sus planes en el exterior.

Aquellos planes, de inspiración y ejecución casi exclusivamente fernandina, son objeto de detenido y acabado estudio por José M. Doussinague, en un extenso libro que recientemente ha publicado con el título de "La Política Internacional de Fernando el Católico".

En este libro presenta el autor la política internacional del Rey Católico en su totalidad y no circunscrita a los matrimonios de sus hijos, como si aquellos soberanos fuesen unos buenos burgueses sólo preocupados en procurar cómodo establecimiento a su descendencia, o como si, según pretenden otros, aquellos enlaces fueran otros tantos pasos cautelosos para mantener a Francia estrechamente cercada. Nunca hubo, en la mente del rey, propósitos de política antifrancesa; ni podían ser tan estrechas, tan mezquinas, las ideas de un Príncipe de los talentos de don Fernando que, desde su infancia, conoció de cerca cuál era la gravedad de los males que se cernían sobre Europa.

El poder musulmán, contra el que cerca de ocho siglos venía luchando España, alzaba nuevamente sus banderas. A las fulgurantes conquistas de los Califas de Damasco, sucedían ahora los crecientes progresos del Turco que, después de la caída de Constantinopla, se extendían por los Balcanes y amenazaban al corazón mismo de la Cristiandad. Por otra parte, los moros que aún no habían sido expulsados de suelo español podían constituir el otro diente de la tenaza que al cerrarse extrangularía a Europa. Por eso los esfuerzos de los Reyes Católicos se aplicaron desde el primer día a devolver a España el espíritu de Cruzada contra la morisma harto aletargado durante los reinados precedentes y de modo especial en el calamitoso de Enrique IV, y a poner a la nación en condiciones de cumplir la elevadísima misión que estaba destinada a servir y que, si no obtuvo completo éxito porque, al fin, se quebró la unidad moral de Europa, evitó a este viejo continente un desplome como el que dió al traste con el Imperio romano.

Más no era posible preservar a Europa de la catástrofe que se avecinaba sin la unión continental o, como entonces se decía, sin la "paz y concordia entre los Príncipes cristianos", paz y unión que don Fernando persiguió con ahínco y perseverancia infatigables, no acudiendo a las armas sino a más no poder, o cuando lo exigía la legítima defensa de sus estados; nunca buscando el ensanchamiento de sus posesiones, sino propugnando siempre el acuerdo general para enfrentar las concertadas fuerzas de todos para resistir al enemigo común. Es evidente que en esa empresa tropezó con dificultades, egoísmos y ambiciones mal reprimidas, de donde, muy pronto, partieron las interpretaciones malévolas de los tratos y conciertos del Rey.

A esa idea de defensa de Europa obedecían las campañas en el Norte de Africa, los acuerdos con el Emperador Maximiliano y con Inglaterra, los esfuerzos por mantener la paz con Francia, siempre ansiosa de extender sus dominios a Italia.

Doussinague, diplomático guipuzcoano, ha escrito un libro excelente que habrán de consultar cuantos quieran conocer en sus líneas esenciales las directrices de aquella política que por más de dos siglos mantuvo a España en el pináculo de su grandeza; con él, además, ha prestado un buen servicio a la memoria del monarca aragonés para el que ha tenido la misma lealtad del también guipuzcoano, y ocupado asimismo en funciones diplomáticas, Ochoa de Isasaga, que con los Lazarraga, Olano, Aguirre, Idiáquez, Lezcano y otros; forma parte del brillante grupo de guipuzcoanos que, en distintos puestos de confianza, sirvieron a los más grandes Reyes que ha tenido España.

La obra, editada por Espasa-Calpe en clara y elegante tipografía y buen papel, lleva al final un copioso y bien selecciondo apéndice documental que constituye su irrefutable cimientto.

J. M. I.



LA CASA DE SALCEDO DE ARANGUREN, por Javier de Ybarra y Bergé.—

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Bilbao, MCMXLIV.

El noble linaje de Salcedo, fuente y origen de tantas grandes Casas españolas, ha sido historiado una vez más en nuestros días, merced a la afición genealógica de don Francisco Javier de Ybarra, a quien ya debemos otras varias y valiosas aportaciones a la historia del País.

Al hacer el estudio genealógico de sus antepasados los señores de la Casa de Salcedo de Aranguren, ha tenido ocasión de recopilar, tras de ardua y fatigosa búsqueda en archivos públicos y privados y en antiguos y modernos nobiliarios, gran número de noticias, cuyo conjunto es este libro, que resulta ser el más completo trabajo que se haya hecho hasta la fecha sobre tan ilustre familia.

Arrancando de los orígenes semifabulosos de los primeros señores del valle y Casa de Salcedo, continuando luego con los de la Casa de Aranguren, filial de aquélla, e indicando siempre las fuentes de sus noticias, dedica veinticinco capítulos a historiar su línea troncal directa, y la ascendencia y descendencia, por numerosas ramas, de los diversos señores y señoras consortes de

aquellas Casas. El número de genealogías que, como consecuencia de estas ilustraciones figura en la obra, es tan grande, que serán contadas las familias españolas de cierta notoriedad que no aparezcan mencionadas por algún enlace o encuentren en ella numerosas ascendencias. Con esto ha conseguido dar a su libro un interés genealógico general tan difícil de alcanzar en esta clase de nobiliarios familiares.

F. V. L.



SAVONAROLA, por Luis María de Lojendio. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1945.

Cuando supe—ya hace algún tiempo—que Luis María de Lojendio estaba trabajando a Savonarola, sentí la más viva curiosidad por el resultado de su trabajo. ¿Qué buscaba el autor de *El Gran Capitán*, en el atormentado prior de San Marcos?; ¿el predicador?; ¿el político?; ¿el rebelde?; ¿el drama de su vida quizá? Ahora, un denso volumen de 369 páginas viene a satisfacer mi curiosidad.

Ni un momento pude dudar que lo que nos diera Lojendio sería, sin hipébole, agudo, certero y bien construido. Pero no era eso lo que buscaba, que tenía la seguridad de hallarlo, en su obra, sino a Luis María de Lojendio en la empresa a la que le había llevado no sé qué raro designio, es decir, *su Savonarola*. El me perdonará esta curiosidad de cirujano, pero hago más sus palabras: “*Aquel teólogo, muy certeramente—dice refiriéndose a uno de los contradictores del famoso dominico, en la Asamblea del 18 de enero; aunque, claro está, hago para mi caso, exclusión del adverbio—había planteado el problema implícito de todas las discusiones florentinas. El pueblo quería, también, adquirir esa certeza; saber de una vez, de manera positiva y terminante, si era verdad que estaba inspirado por Dios; si se le podía prestar confianza*”. Aquí, no hacía falta decirlo, no es que pretendiéramos que el biógrafo nos dijera de “manera positiva y terminante” si Savonarola era profeta o no; los hechos y la Iglesia ya emitieron su juicio que Lojendio, historiador honesto y católico disciplinado, no iba a poner en duda, sino el concepto propio, íntimo, que el biógrafo tuviera del biografado y más bien la reacción del hombre ponderado, tolerante, abierto, natural y humano ante la figura desmedida, intransigente, hermética, teatral e iluminada que le ocupaba.

Desde las primeras páginas el autor se enfrenta valientemente con el tema y como es, todo él, una lucha apasionada y encendida, la introducción lo anuncia con un combate entre Savonarola y el mundo. En efecto, enconada lucha la de Savonarola; lucha feroz, terrible. Pero, ¿no llevaría él, el mundo, dentro de su soberbia?; ¿no sería ella su mayor enemigo? En todos sus sermones levanta la alabarda tonante y despiadada de su “yo”: yo os anuncio, yo os dije, yo os predije. Es siempre un “yo” lleno de resonancias interiores aunque lo presente, a veces, como un eco del Viejo Testamento: yo, yo, yo. Es demasiado “yo” para un fraile que ha hecho renuncia de todo y que se dice humilde. Podía no haber vuelto de tierras de Lombardía, hubiera gozado del favor de Lorenzo de Médicis, no saliera al encuentro de Carlos VIII ni tomado parte en la formación de las Instituciones políticas florentinas, ni estuviera la Jerar-

quía encarnada en una persona de las condiciones morales de Alejandro VI y su "yo" retorcido y punzante lo hubiera llevado igual a un triste destino. El "yo" que hizo salir de la presencia de Dios a los ángeles malos y que animó a los rebeldes de todas las rebeldías.

Pero un biógrafo no tiene por qué ser un juez severo. Y Luis María de Lojendio, seducido por la elocuencia del predicador, convencido de la austeridad del fraile y dolido, sin duda, por el drama angustioso del hombre, tiene para su *Savonarola* piadosos afectos y le diluye el "yo" en la amplitud del mundo. Después de todo, es lo cristiano; y lo natural, también, en un estudio de esta naturaleza.

El libro es realmente impresionante; perfectamente construido, denso de contenido y bello de forma, encierra todo el drama angustioso del prior de San Marcos, no en una exposición simplemente biográfica, sino en un análisis filosófico de su historia y su pensamiento; las inquietudes que le atormentaban se abren, de nuevo, como llagas calientes en el fraile revivido; se siente el palpar de la ciudad de Florencia, en sus feroces luchas intestinas; y se ve, el rojo amanecer del Renacimiento. Y, en medio de todo, se percibe oculto en su caracol, el "yo" terrible que adquiere un aire patético en su miserere postrero.

Si Agnolo Niccolini, el solo hombre que se levantó en Florencia para defender, en sus procesos, al desgraciado conminico, hubiera podido leer el libro de Luis María de Lojendio, no hubiera sido condenado su defendido. Entonces, Agnolo Niccolini, con una sutil habilidad, que no parecería habilidad en el sentido procesal de la palabra, ni siquiera defensa, sino exposición objetiva y fundamentada; con un traer y llevar los textos del Viejo Testamento que el propio encausado no lo haría mejor; y con ese Mundo que lo comprende todo y a todos, desde arriba hasta abajo, hubiera probado que el *frate* de Ferrara no tenía culpa ninguna que no fuera perdonable. Y la Señoría lo hubiera absuelto.

M. C. G.



NOBILIARIO DOCUMENTAL DE GUIPUZCOA, por Alfredo Basanta de la Riva.—Valladolid, 1944. Gráficas Perdiguero. 312 páginas; grabados.

Confieso que los libros que tratan de genealogía los miro siempre con indisoluble prevención. Es tanto lo que la vanidad ha fantaseado con orígenes y entronques, que no pocos de tales libros antes parecen libros de imaginación que de historia. Podría formarse un copioso y regocijante anecdotario con las andanzas, tropiezos y torpezas de los *fabricantes* de nobleza para ilustrar la ascendencia de quienes, en todo tiempo, bien cargados de talegas echaron en falta los blasones. De estos era el hijo del Alcalde de Zalamea; pero el buen Pedro Crespo, con su buen sentido, le replicaba:

"Pues, ¿qué gano yo en comprarle una ejecutoria al Rey, si no le compro la sangre?"

No es del número de aquellos libros el que motiva esta nota, ni era el finado Jefe del Archivo de la Real Chancillería de Valladolid hombre dado a

fantasías genealógicas; sus trabajos gozan de merecida reputación por su seriedad y por la escrupulosidad en el manejo de la documentación.

Este "Nobiliario", su obra póstuma, que recientemente se ha publicado, contiene ilustraciones documentales de ciento cuarenta y tres linajes de guipuzcoanos o vinculados a Guipúzcoa. Con datos auténticos, inéditos, como se cuida de advertir en una breve pero jugosa introducción, amplía considerablemente las noticias que dió en "Nobleza guipuzcoana", escrita en colaboración con don Francisco Mendizábal, Archivero también, en el de la Real Chancillería, que ha puesto al frente de este libro unas sentidas líneas dedicadas a la memoria del autor.

El libro, pulcramente impreso, scrá, a no dudar, muy bien recibido por los aficionados a la genealogía.

I. H.



EL ULTIMO MUERTO DE LA GUERRA DE ESPAÑA, por Lucio del Alamo.—Edición homenaje del Excmo. Ayuntamiento de Bilbao. Ediciones Atlas, 1944.

El Ayuntamiento de Bilbao ha rendido un bello homenaje al Concejal póstumo, Alfonso de Churruca y Zubiría, que, como en un romance antiguo, fué a tomar posesión de su cargo edilicio, tendido y frío, en una caja de muerto.

En realidad fué romance toda su vida; romance melodioso y triste, bello para contado a los chicos después de la hora de la queda, cuando sus corazones palpitan entre las luces del heroísmo y las sombras de la leyenda. Con un apellido que ya era un poema, alcanzó heridas, gloria y muerte, siendo un niño.

El día que las campanas de las iglesias pregonaron el júbilo de la victoria y las banderas de todos los mástiles rubricaban airosas el fin de la guerra, Alfonso de Churruca y Zubiría estaba envuelto en vendas, en una cama blanca del hospital de San Servando de la Imperial Toledo. No podría lucir sus guantes blancos de ceremonia, ni su boina colorada con estrellas, en los desfiles triunfales; no disfrutaría del legítimo orgullo de pisar fuerte y recio, con paso de vencedor, sobre el pavimento de las calles engalanadas; ni daría su rostro curtido y su cuerpo mutilado, a los aplausos y las flores. Y no es porque no lo mereciera. Precisamente por merecerlo mucho, el Señor le había concedido la Gran Cruz del Sacrificio pleno: el de dar la vida en un momento en que su España y su juventud se abrían a la primavera.

Unos días antes, la víspera casi, una espoleta de cañón buscó su carne moza, por el monte y la encontró. Una herida; una herida más porque ya tenía otra; pero ésta había de ser la última, la herida de la que se muere aunque las campanas, las músicas y las banderas, anuncien que la guerra ha concluído. La guerra, sí; pero él terminaba también con la guerra como si no fuera un hombre de paz: ¡él, que tenía cara de niño! Niño de romance, niño que muere en la guerra cuando la guerra termina. Y es, que como en los romance heroicos, habían matado a su hermano y a sus primos y él no podía ser menos. Y se murió en Toledo al florecer la paz entre los trigales y los olivos.

Antes de que muriera lo habían nombrado Regidor de Bilbao, y sus amigos, sabiendo que no daba nunca la espalda a las misiones que le confiaban, como ya

no podía ir por su pie, lo llevaron a hombros al Consistorio. ¡Patética toma de posesión, la suya! Todos los electores estaban a la puerta de la Casa de la Villa, para ratificarle el sufragio, con la gorra a la mano y la oración en los labios. El subió a la Sala Capitular por entre el silencio religioso del comicio; el Alcalde le dió una emocionada bienvenida y un General, el suyo, le colocó en el pecho deshojado y sin aliento, la Cruz que se concede a los mejores.

Era Churruca, como Cosme Damián, el de Trafalgar, y como el heroico Alcalde de Motrico, don Julián, y como su primo Evaristo, Conde de la Villa guipuzcoana, solar de la casa, muerto como él en nuestra guerra. Raza de caballeros vascosgados al mejor servicio de España.

Con esta vida dolorosa y heroica, Lucio del Alamo ha hecho un libro encendido, apretado y bello como una corona.

M. C. G.



NOTICIAS GENEALOGICAS SOBRE LOS PRIMOS DE RIVERA Y LOS SALCEDO, por Antonio Pérez de Azagra y Aguirre.—Imprenta Editorial Moderna, Alameda de Reacle, núm. 25. Bilbao.

Entre los trabajos de investigación genealógica llevados a cabo en la actualidad, pocos habrá que iguallen en magnitud al realizado por el autor de este libro. Por desgracia, esta gran labor que conocí hace muchos años y que expuesta metódicamente, e ilustrada y amenizada con noticias históricas referentes a los linajes estudiados, podía haberle servido, porque elementos suficientes tenía para ello recogidos, para publicar varias obras genealógicas de extraordinario interés, ha resultado inutilizada por la absurda manera como ha sido dada al público.

Si el autor hubiera limitado su libro a dar cuenta de las noticias por él encontradas en sus largas y numerosas investigaciones por los archivos parroquiales de España, aun así, simplemente, hubiera merecido la gratitud de todos los aficionados a estos estudios, a los cuales hubiera ahorrado fatigas, tiempo y dinero, pues aunque se tropezara en sus libros con erratas de fecha, estas eran subsanables, y además comprensibles y disculpables teniendo en cuenta el inmenso campo abarcado en su investigación. Pero lo que no es comprensible, ni disculpable, e inutiliza totalmente el trabajo publicado, porque a consecuencia de ello no se puede distinguir en la obra lo cierto de lo incierto, es el extraño apasionamiento que el autor pone en lo que añade a aquellas investigaciones. Este apasionamiento le conduce unas veces a hacer labor fiscalizadora, publicando, de expedientes que no son públicos del Ministerio de Justicia, los árboles genealógicos de rehabilitaciones de ciertos Títulos del Reino, y llegando en uno de ellos a señalar que uno de los antepasados del rehabilitado, nace treinta y dos años después de la muerte de su padre. Otras veces, en cambio, se nos presenta lleno de benevolencia, suponiendo que familias de idéntico apellido, pero que no tienen entre sí relación alguna de parentesco, son la misma, y llevado de su bondad o de su error, señala casamientos con que legitima líneas manifiestamente ilegítimas, que resultan, como consecuencia, con presuntos derechos sucesorios a Títulos del Reino.

De haber reducido su publicación a aquellas primeras investigaciones, limpia de segunda intención, no hubiera faltado a su autor nuestro entusiasta aplauso, pero en la forma en que ha sido dado a luz este libro, no podemos menos de censurarlo. Si el autor deseara corregir en una nueva edición los defectos y errores someramente señalados, tendríamos sumo gusto, si no ha dado en ellos, en dárselos a conocer particularmente.

F. V. L.



DE EPIGRAFIA MEDIEVAL. LOS EPITAFIOS DE ARGUINETA, por Manuel Gómez Moreno.—Impr. viuda de E. Maestre, Pozas, 14. Madrid.

Este pequeño trabajo publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, viene a poner en claro el estudio de las inscripciones que ostentan dos de los veinte sepulcros que se encuentran delante de la ermita de San Adrián de Arguñeta, en la Villa de Elorrio.

Estas inscripciones habían sido copiadas e interpretadas con más o menos conformidad por los eruditos, sin llegar a un acuerdo, ni a una fijeza en su lectura. Actualmente se hallan vaciados en escayola estos epitafios y expuestos en el Museo Arqueológico de Bilbao, razón por la cual el señor Gómez Moreno, cuya autoridad en la materia es indiscutible, ha podido dar una lectura exacta de estos documentos lapidarios que datan del año 883.

Esta separata contiene 5 fotografías detalladas de los epitafios de los sepulcros de Arguñeta, en los cuales se cita a los enterrados *Bateria* y *Momus*.

P. DE G.

